

CÓMO HABLAMOS Y ESCRIBIMOS

PRESENTACIÓN DEL ÚLTIMO LIBRO DE ALBERTO MARTÍN BARÓ
EFECTUADA EN EL ESPINAR (SEGOVIA),
por **GLORIA LÁZARO**

Cómo hablamos y escribimos. Este libro, según el autor, es la criatura que más le ha pesado, pero yo añadiría que es su criatura de más peso. En esta obra convergen y culminan todas las facetas de Alberto:

- Editor y traductor.
- Filósofo y pensador.
- Escritor y filólogo.

Como editor y traductor ha entregado toda su vida laboral en las editoriales **Guadarrama, Miñón** y **Santillana** traduciendo a filósofos como Pascal o editando a pensadores de la talla de Julián Marías, Claudio Sánchez Albornoz o Laín Entralgo, entre otros. También ha editado libros de texto o, incluso, ha coordinado la elaboración y edición de diccionarios léxicos y enciclopédicos como el ***Diccionario esencial de la lengua castellana***.

Pues bien, esta faceta y su celo por un trabajo bien hecho, amén de su amor por la palabra, le ha llevado a conocer, dominar y respetar la norma del español y a estar siempre atento a cualquier manifestación lingüística, ya venga de otras lenguas vecinas, últimamente sobre todo del inglés, o de los propios usuarios de nuestro idioma: las faltas de concordancia, la entrada indiscriminada de anglicismos, citas latinas que se escriben de forma incorrecta, los nuevos usos o significados de algunas palabras o expresiones, etc. son el tema de algunos de sus escritos. A cada uno de estos fenómenos, y a otros muchos que no cito, les dedica su artículo correspondiente en este libro.

Pero en estos escritos no sólo se tratan cuestiones gramaticales. Eso a veces sólo es el punto de partida y una excusa. Alberto también nos invita en ellos a **reflexionar** sobre lo cotidiano, que él convierte en trascendental, y nos contagia de su capacidad de asombro, como buen **filósofo** que es. Felizmente, nuestro autor sigue asombrándose y preguntándose por las cosas y los fenómenos que nos rodean.

La faceta de escritor la ha desarrollado sobre todo en su jubilación, de júbilo, como dice la etimología. Alberto es un jubilado que no para, que disfruta y comparte ese júbilo.

Y es en esta etapa de su vida en la que ha publicado sus obras más importantes como *El cuaderno de San Rafael*, *El cuaderno de El Espinar* o *Tiempo de respuestas*, entre otros.

Aunque la afición de Alberto por la escritura le viene de antes, y diría más, la lleva en los genes. Su padre, José Luis Martín Abril, también fue un gran articulista, amén de otras facetas artísticas. “De casta le viene al galgo”.

Su amor por la palabra o por los dichos –eso es lo que significa **filólogo** en su sentido primitivo– le lleva no sólo, como dije anteriormente, a un conocimiento profundo de nuestro idioma –es imposible pillarle en algún error– sino también a la búsqueda infatigable de aquello que le ofrezca alguna duda y que justifique su empleo. A veces se permite, eso sí, con prudencia y de forma razonada, hacer algunas objeciones a la RAE o proponer, como hace en el artículo “Diccionarios”, iniciativas como la de hacer un diccionario en el que solo figuren voces o expresiones poco usuales.

Pero centrémonos en el contenido.

Este libro es una compilación de **ensayos** breves en los que el autor expone y justifica sus ideas sobre distintos fenómenos lingüísticos tratados con rigor gramatical, con la intención de hacer reflexionar al lector. Pero no se trata, en su conjunto, solo de una colección de artículos donde se exponen escrupulosa y detalladamente las normas del idioma. Son como dice el propio Alberto “algo más que gramática” –mucho más que gramática diría yo–.

En estos artículos, redactados casi siempre en **primera persona**, el centro de sus escritos es el propio Alberto quien, partiendo de una **anécdota cotidiana** que le ha ocurrido e él o a alguien de su entorno, llega hasta el vocablo o expresión objeto de análisis que le hace plantearse un serie de preguntas que él va respondiendo, ejemplificándolas con referencias culturales literarias, musicales, de cine... Concluyen con una reflexión personal del autor que responde a su visión de la vida siempre positiva y optimista.

Conocemos así sus gustos musicales, sus lecturas, su trajín diario y hasta sus manías. De esta forma consigue que el lector simpatice con él y lo lea como a un amigo con quien se identifica, porque este “yo” es amable, prudente, tolerante y muy culto.

Merece una mención el dominio del léxico... Es admirable la precisión y propiedad con la que escribe. Su estilo es sobrio –es muy cicatero con los adjetivos– y directo. Salta a la vista la **naturalidad** con la que se dirige al lector, estableciendo un diálogo entre ambos y haciendo que este se sienta partícipe de sus experiencias.

Después de la lectura se nos viene a la mente la imagen de aquel gazapo que un día llegó a su jardín. No sabemos si habrá sido presa del águila real o si habrá llegado a mocito. Nos seguimos preguntando si de aquel celo de Julieta, la perra de sus hijos, hubo descendencia, o si, con la que está cayendo, siguen siendo igual de impredecibles la economía o la meteorología.

Estos artículos son también un filón inagotable para futuros historiadores o sociólogos. **Cronista atento al discurrir de la vida**, se hace eco de cualquier fenómeno o cambio social de relevancia. Su lectura nos lleva a la reflexión de lo que ha supuesto la revolución informática y los cambios que está provocando en nuestras vidas como las nuevas formas de comunicarnos mediante el correo electrónico, el chat y el facebook. Fenómenos sociales como la incorporación del hombre a las tareas domésticas, la pelea de las feministas con el idioma para conseguir su visibilidad, los oficios que se van perdiendo, los escándalos de políticos y bancarios que les hacen blindarse. El ritmo social trepidante que nos obliga a expresarnos en siglas...

Y es que la lengua es un ser vivo y evoluciona a la par que la sociedad y se contagia de ella...

Y para terminar, y enlazando con la penúltima colaboración que ha enviado Alberto a El Adelantado **"El último diccionario"** en su columna semanal **LAS PALABRAS Y LA VIDA**, traigo una cita de *Los juegos de la edad tardía* de Luis Landero en la que Félix, dueño de un kiosco y de "los tres libros de la sabiduría", en los que basa todos sus conocimientos, se dirige a su sobrino, el pequeño Gregorio Olías, que llega a la gran ciudad para vivir con él.

"Pues mira, hijo, este es uno de los libros, y ahí tengo los otros, guardados como oro en paño y con los que tú te harás un hombre de provecho. Si yo hubiera sabido que existían estos libros, a estas horas sería un gran hombre, quién sabe si juez o médico, o incluso cardenal en la propia Roma, y no como tu abuelo o tu padre, sino de verdad, con las papeles bien en orden."

El primero era un diccionario. "Aquí vienen todas las palabras que existen, sin faltar ni una". El segundo era un atlas: "Y aquí todos los lugares y accidentes del mundo", y el tercero una enciclopedia. "Y este es el más extraordinario de los tres, porque trae por orden alfabético todos los conocimientos de la humanidad, desde sus orígenes hasta hoy. ¿Tú sabías que existía un libro así? Pues yo tampoco hasta hace tres años. Desde entonces lo estoy estudiando. Voy ya por la palabra "Aecio", (...). Adelanto poco porque ya soy viejo y tengo mala memoria, y para aprender una cosa debo olvidar antes otra (...)

Cuando pienso en la cantidad de cosas que podía saber a estas alturas si estos libros hubiesen caído en mis manos hace cincuenta años y tuviese entonces el espíritu que hoy me anima, no hay nada que pueda consolarme, porque sé que he equivocado mi vida, y eso ya no tiene remedio. Pero tú, Gregorio, todo lo tienes a tu favor. Pareces enviado por el destino para reparar la burla que me hizo a mí, dándome pan cuando no tenía dientes. Así que ya sabes, desde mañana empezaremos con tu aprendizaje, porque no hay tiempo que perder".

Si exceptuamos a Gregorio Olías –Y a Tristán, el hijo de los frutereros de Alberto, que con solo seis años ya le ha cogido afición al diccionario– nadie con aspiraciones de erudito forja su cultura por orden alfabético. Pero, como bien dice nuestro autor, en el artículo **“Diccionarios”** que recoge en este libro: “El principal defecto de los hablantes no son los fallos gramaticales y ortográficos sino la pobreza alarmante de vocabulario. Pues bien, el uso del diccionario puede paliar semejante penuria”.

“Que no se nos apague a chicos y grandes–dice también Alberto en el mencionado más arriba– la curiosidad por descubrir nuevas palabras, nuevos conceptos y nuevos saberes. En papel o en pantalla, el soporte es lo de menos”.